

JORGE ESQUINCA

CÁMARA NUPCIAL



El autor agradece el apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte, y el de la Fundación Civitella Ranieri de Italia.

Coedición Ediciones Era / Instituto Veracruzano de la Cultura

Primera edición: 2015

ISBN: 978-607-445-416-1 (Era)

ISBN: 978-607-9311-40-7 (IVEC)

DR © 2015, Ediciones Era, S. A. de C. V.

Centeno 649, 08400 México, D.F.

Oficinas editoriales:

Mérida 4, Col. Roma, 06700 México, D.F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Página 4: Vestido de Emily Dickinson en su casa en Amherst,
fotografía de Jorge Esquinca

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total
o parcialmente por ningún otro medio o método sin la
autorización por escrito de los editores.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

Born — Bridalled — Shrouded —

E. D., 1072

*... hesitating, half of Dust —
And half of Day, the Bride.*

E. D., 830

*What whiteness will you add to this whiteness,
what candor?*

Ezra Pound, LXXIV

Primera parte

La maquinaria del glaciar

Para alcanzar el corazón de Emilia
traspasé la armadura de un glaciar.
Me abrí paso con diminutos
instrumentos de precisión,
brújula imantada a un norte imposible,
astrolabio de nebulosa evanescente,
zapapico de milimétrico diamante.
Durante las noches furibundas
de aquellas cumbres, me alumbé
con un enjambre de coleópteros.
Dormía poco.
Era necesario mantenerse alerta,
cronometrar los derrumbes,
calibrar el barómetro, escuchar,
escuchar, escuchar al viento eterno
—ese cuchillo de hielo hendiendo el hielo.

Tuve visiones. Me visitaron endriagos.
Hubo pactos, malversaciones
en lo azul del glaciar. Yo continuaba.
Lentamente perforaba las escamas
gélidas. Me abría paso a través del cuerpo
viviente de la montaña. Dejaba lascas,

punzones de hielo clavados con cintas rojas.
Era como herirla.
Me aferraba a ella como hace el leopardo
sobre el lomo de la gacela.
Con garras de una cólera nupcial.
Con los afilados colmillos
de un infinito desconsuelo.
Mortalmente la abrazaba.
Había algo inhumano en todo eso.
Una idolatría de la montaña.
Yo no venía de mí.
Eso venía de muy antes,
estaría después.
De ella tomaba mis alimentos,
comulgaba con su hielo primitivo,
me acurrucaba en su útero
y dejaba caer, hijo pródigo,
lentas gotas de semen y de lágrimas.

Para llegar al corazón de Emilia,
hube de llagar una montaña.
Preparé cuidadosamente la escalada,
estudié las rutas de mis ancestros polares,
diseñé nuevos mapas, nuevas armas,
ensayé con metales desconocidos.

Aprendí rezos:

“Señora, esta que ofrezco es mi mano
disuelta en sombra. Es el harapiento

impulso, el ademán de no haber sabido.
Tómela usted, más poderosa. Esta mano,
este rastro de animal caído”.

Acendrabla la voz en un alcohol silvestre,
un destilado de las cumbres.

Imitaba comportamientos abisales.

Tragué el guano de los cóndores
y canté la canción de las tres brujas,
propiciadoras del encuentro:

*When shall we three meet again:
in thunder, lightning or in rain?*

Porque habíamos de ser tres
en el diente quebrado del glaciar.

Así lo cuento, hablo del espíritu,
de las cosas simples como un anillo.

Para comer el corazón de Emilia,
hube de atravesar una montaña.

Entrar a saco, con un ejército de voces,
al frente de una cabalgata
de cerriles corceles. Blandía un estandarte.

Resplandecía un estandarte. Lo blandía.

Y de pronto la noche.

Ah, la noche turmalina del glaciar.

Ah, su reducto de tábanos.

Ah, su fermento de nieve aprisionada.

No tuvimos piedad.

Sé que no tuvimos piedad.

Practiqué una arqueología del desamparo.
Como abrir una catacumba en su carne viva,
como soltar un halcón ciego en el barranco.

Descifré el alfabeto de la nieve.
La sucesión gradual de la blancura,
ese collar de astros despedazados que,
de lejos, hacían pensar en el “la”
musical, el “la” de su infinita ausencia.
Creí formar el barrunto de una nueva constelación.
¿Era aquello un zumbido,
un traspíe, un gruñido acaso?
¿Era aquello la nieve dominando,
aplastando con su puño de nieve?
¿Era la voz, el quejido del glaciar?
Congregué un círculo de ánimas.
Arrojé cien veces
las herméticas monedas de China.
Me apliqué, tenaz, en el deslizamiento
de la tabla oracular.
Comulgué con un trozo de papiro
hurtado en un museo egipcio.

Y nada supe.
Yo buscaba una voz entre las voces.
Yo buscaba el “la” orquestador.
El “la” que es una lámpara
en el vientre del glaciar.

Solo y mi alma,
una furtiva lámina,
debía eliminar
a Emilia.
Ofrecerla a los vientos.
O guardarla.
Cortar su cabeza
con una dulce guadaña.
Pues todo esto –me dijeron–
se medirá con el compás del sueño.

*Caminas por los pasillos de la casa.
Cada puerta que abres te conduce
a la calle nevada, al jardín, a otra puerta.
Escuchas la respiración de los muros,
la vacilante espera del alba.
En la penumbra, adivinas su silueta
familiar, su rostro como un pétalo
húmedo en la ventana. Lleva el vestido
de lino, el ramillete nupcial.
Llegas hasta ella abriéndote camino
a través de un mar de sargazos.
Al mirarte, suspendida entre techo
y suelo, te atrae hacia su cuerpo.
Tu cara justo a la altura de su vientre.
Hundes tu nariz en la tela almidonada,
huele a pan recién horneado, a leche, a lirios.
“Blanco, el color de la paciencia”, dice,
y tú comienzas a borrarte
como la imagen en una fotografía antigua.*

Ésta es la noche turmalina del glaciar,
éste, el pulso de lo que se rompe,
capa sobre capa, en lo oscuro de mí.

La roca en el centro del paisaje
como una herencia de qué dioses,
de qué pulido abandono.

La roca y nada más.

El rumor de la noche,
el tumulto de lo que cae.

Nada más.

La fermentación cautiva de la nieve,
el silencio descendiendo, rodando,
envolviendo al silencio.

El aire duro como un hueso,
la noche dura, cerrada
como un sarcófago de lo que cae.

Era preciso vigilar. Masticar
el maxilar de hielo. Era preciso.

Tensor las cuerdas,
sostenerse en vilo sobre el abismo,
como el péndulo de un reloj congelado.

Bebía la baba del glaciar,
destilaba su minuciosa orina,

la bebía. Cortaba su vena
y contemplaba durante horas
ese licor reptante. Ese fluido
eléctrico, irisado de estrellas.

He visto el cuerpo transparente He visto el cuerpo transparente sobre la nieve He visto sobre la nieve los pájaros He visto el erizo He visto el erizo que habita el cuerpo transparente Lo he visto creciéndole ahí medrando como un sabor o cosa Lo he mirado ese sabor esa cosa manchada He visto caer la nieve en las púas del erizo He mirado el copo caer en el centro del cuerpo transparente He visto ese olor eso que se despliega eso que reptá He querido He dominado el miedo He descendido al centro del cuerpo transparente he caído atravesado por las púas he penetrado he sido penetrado por ráfagas del cuerpo transparente He visto cómo hierve ahí el erizo He comido me he sentado al blanco banquete He roto cada plato he tragado cada cuchillo ese sabor afilado ese color obsidiana eso he digerido la médula blanca del mantel He reventado la sal

Al despertar, cada mañana
era un puente colgante
hacia los ojos de Emilia.
Pero ¿quién dictaba, quién
desde el mullido lecho
del amor consumado, insistía?
¿Quién mejor que yo, armado
con mejores armas, aluzado
con más altas luces, investido,
travestido, hechizado, continuaba?
Éramos tres en la boca,
tres en la boca serrada del glaciar.

Y avanzábamos. Veíamos nada.
Yo hacía sonar una sirena.
Contaba los días
en una tabla periódica compuesta
de elementos inestables.

Escribí en la bitácora:

*La mañana huele a pan.
Voces de niños en la calle nevada.
Guarecida en su habitación,
en lo alto de la casa,
Emily va de un lado a otro,
tocándose el vientre con las manos.
Escuchas el rumor
de su vestido al moverse,
el vaivén de una llama muy pálida.
Luego se detiene.
En su cama, restos de una larga batalla.
Remolinos de espuma,
mástiles rotos, el casco de una nave
que no termina de hundirse.
Entonces vuelve a nevar.
La nieve cae dentro del cuarto.
Emily se desviste. Los copos
se posan en sus cabellos rojizos,
caen entre los pechos,
se recogen en el nido de su sexo
como pájaros de otra estación.
Ahora extiende los brazos,*

lentamente, hacia el cielo.
Y todo ahí termina o comienza.

¿Insistiré en el dictado?
¿Me demoraré en la blancura eclesiástica?
¿En la contenida transgresión
que amenaza desbordarla?
Rompía el dique de una sutil emanación.
La taladraba con una fresa sombría.
Todo esto –me dijeron– surge
de tu natural inclinación al delirio.
Yo había escuchado el lamento del glaciar.
Su persistente relámpago.
Su olor de animal caído.
Había dispuesto los instrumentos:
la cámara oscura, el sextante, la vara
bífida que imanta los minerales dormidos.
¿Existe un arma para cazar elefantes?
Pregunté alguna vez. Existe un pasaje
en el glaciar, una veta quebrándose
con pasos de niña sobre hielo fértil.
Existe una Reina de las Nieves,
un barco de mármol donde se aposenta
y come sola, entre espejos, otra reina.
Existe una casa para la soltera,
para la sola voz de los pájaros,
y se mueve con pies de nadie
entre una habitación y otra, tan lejos
de lo que muere, tan cerca siempre
de estar muriéndose, como el ladrido

de un perro, como el zumbido de una abeja
en el prado, como sus propios pasos
huyendo, escapando, saliendo
por esa ventana que ahora mismo
estás mirando en el ojo del glaciar:

*Cuando sube la escalera
sus pies parecen no tocar las gradas.
Cuando hornea el pan
sus manos tienen un olor dorado.
Cuando cuida las flores
se encienden luces en el cementerio.
Cuando le habla al perro,
al trébol, a las abejas, a la cama tendida,
lo hace en el idioma del perro,
del trébol, de la abeja y de la cama tendida.
A veces sueña que está muerta,
oye zumbar una mosca azul.
A veces sueña que está viva
y un cielo se abre cuando avanza
hacia el espejo en que nos mira,
a ti, a mí.*

Éramos tres entonces.
Bocas a la espera de un sonido.
Ánimas en ascuas.
Yo comandaba el ataque, cerraba filas,
arengaba a los desmenuzados ejércitos.
Aferrado a la maquinaria del glaciar,
rezaba:

“Señora, que tu mano sostenga mi mano,
el harapiento ademán que te entrego.
Dale lugar en el pliegue de tu sombra.
Cúbrela de monedas tenues, de escaso viento.
Llévala de aquí para allá,
si es tu deseo, y permite que se asombre
con el filo de lo que ignora
con la claridad de lo que nunca tendrá”.

Ésta es la noche turmalina del glaciar,
éste, el pulso de lo que se rompe,
capa sobre capa, en lo oscuro de mí.

Y mi flor es negra. Es la flor que ofrezco,
la que viene conmigo, desde abajo.
La flor que crece, Emilia, en la entraña.
Tú has reído con el pan que sueña
en el horno. Te has escondido
en la levadura, en las habitaciones
vacías, en la casa de los muertos.
Y has hablado. Yo avanzo,
con una flor negra entre los dientes.
Es lo que digo. Es la temperatura del glaciar.
Es una flor negra, nupcial, advenediza.
Y voy dejando rastros, zarpas del que avanza
por ti, hacia ti, cazándote.
Ah, el maquinal respunte de las lejanías,
ah, su industria de nubes o celestes caimanes.
Llevo una flor negra, la arrimo,
la subo al glaciar. Entre mis dientes,
Emilia, como un cuchillo.